

LA REFLEXION FILOSOFICA EN EL QUEHACER ANTROPOLOGICO

Edgar Samuel Morales Sales.

La necesidad de evitar las generalizaciones fáciles, la ineficacia que resulta de las extrapolaciones simplistas para explicar al hombre y a sus obras parecen estar en la base de la diversidad de las ciencias sociales y de la humanística en general.

La complejidad de la vida humana, la diversidad de sus manifestaciones, exigen que su estudio, que los intentos para dar cuenta de ellas se especialice cada vez más, al grado de observar una verdadera proliferación de ciencias y disciplinas novedosas que intentan dar respuesta a uno o a varios aspectos del hombre y su mundo.

Nadie que proceda seriamente en tales intentos explicativos pueda pretender que posea "el verdadero conocimiento", la "respuesta total", y por el contrario, los científicos sociales y los humanistas de nuestra época reconocen, en los trabajos de unos y otros, al menos la posibilidad de apoyarse en sus respectivas conclusiones a fin de aprehender más fácilmente sus "objetos de estudio" y de explicarlos con mayor tino.

Quedan atrás, inscritas en la historia, aquellas generalizaciones forzosamente expuestas para borrar las diversidades pero en el presente se rebasan día tras día, igualmente, aquellos intentos de hiperespecialización que atribuyen al hombre y a su quehacer causas "únicas", fuera de las cuales cualquier explicación resulta inatendible.

Naturalmente, compartimos la opinión de quienes, como Durkheim, reconocen y subrayan la importancia de algunas categorías, que como lo social, tienen una existencia independiente querámoslo o no reconocer, pero no podríamos dejar de reconocer también que existen categorías que implican a su vez numerosos tipos de especificidad.

Porque sobre éste último punto muchos podríamos coincidir: las ciencias sociales, las ciencias humanas deben de ser específicas. Tenemos que reconocer que no es posible saltar, en nuestras conclusiones, de una área

del conocimiento a otra y menos aún apoyarnos en los meros principios generales que les otorgan la noción de especificidad, al tratar de explicar los fenómenos que estudiamos.

Hoy por hoy, los mejores trabajos en las ciencias sociales, en las ciencias humanas, son aquellos que dan cuenta y ofrecen una mejor comprensión de problemas bien definidos, de aspectos bien delimitados, que para los espíritus simplistas pueden pasar por intrascendentes, pero para cuya explicación se ha requerido de realizar un trabajo minucioso, detallado, paciente y bien meditado. Aquellos trabajos que recurren al rigor metodológico, al cuestionamiento perenne aún de nuestras propias conclusiones, sin llegar, claro está al absurdo de negarlas "por sistema", todo con el fin de encontrar mejores respuestas a nuestras indagaciones.

Pero la especificidad en las ciencias sociales y humanas no llega al grado de evitar o de negar el valor que aporta la inter y la multidisciplinariedad. Con tal de que se proceda con congruencia, con tal de que nuestras explicaciones sean coherentes y pertinentes; es decir, que transmitan información, y sin más limitación que atender a la naturaleza de los fenómenos sujetos a nuestro estudio, la inter y la multidisciplinariedad ofrecen como método de trabajo la gran ventaja de definir mejor incluso nuestros respectivos campos de estudio.

Ni llegaremos tampoco al extremo de ensalzar y de propugnar por una interdisciplinariedad o una multidisciplinariedad como recurso sistemáticamente aplicable a cualquier fenómeno que estudiemos. No es por moda o porque el desarrollo de las cosas lo favorezcan, que debemos proceder sin reflexión a la inter y multidisciplinariedad. Un "collage" puede ser estéticamente agradable, pero realizado en las ciencias sociales y humanas abre las puertas a la confusión.

En el caso de la Filosofía y de la Antropología tendríamos que recordar, sin que ello implique de nuestra parte ningún "descubrimiento", que ambas disciplinas tienen desde luego un sujeto de estudio



común. Las dos ciencias plantean frecuentemente las mismas interrogantes. Lo que interesa a ambas ciencias es detectar y definir aquello que singulariza lo humano, pero partiendo de la base que el hombre es un ser "diferente" por naturaleza, sin llegar a confundir ni sus postulados ni sus métodos de estudio, ni sus conclusiones que permanecen específicas.

Una colaboración estrecha entre dichas disciplinas científicas ha hecho nacer recientemente —aunque no hacemos tabla rasa de sus antecedentes en la historia— esa nueva actividad que recibe el nombre de Antropología filosófica de la que muchos pretenden hacer moda y otros negar su existencia, pero de la que no se puede desconocer su importancia para la formación sea del filósofo sea del antropólogo.

Porque en éste último aspecto tendríamos que decir: ¿Qué garantía de realidad nos puede ofrecer un filósofo que habla del hombre en abstracto, que no atiende a las manifestaciones concretas del hombre de carne y hueso, que entiende al hombre como una categoría etérea solamente ligada a "lo que podría ser"? Pero al propio tiempo tendríamos igualmente que preguntar ¿Qué panorama nos ofrece un antropólogo que concibe —negándose incluso a sí mismo— al hombre como un ser simplemente biológico que nace, crece, se reproduce y muere en el seno de una sociedad particular, al que hay que "disecar" de la misma manera que se opera con cualquier otro ser viviente y, realizando una simple "tabla de caracteres antropológicos", ubicarlo en un nicho a la manera que un anticuario procede con los objetos vetustos o raros, cre-

yendo que los hombres difieren entre sí únicamente por la manera en dónde y cómo viven, por la manera en que se organizan y por sus manifestaciones meramente concretas?

Las preguntas anteriores, simples, definitivamente, que tendrían que enlazarse con otras de mayor complejidad y precisión no resultan exclusivamente aplicables a los antropólogos y a los filósofos. Merecen también la atención del historiador, del literato, del sociólogo, del jurista, del politólogo, en fin, de todo interesado en las ciencias sociales y humanas, pues la pregunta a resolver sería ¿Qué puede hacer, qué alcances puede lograr un interesado en las ciencias de la sociedad, en la humanística que no ve más allá de lo que constituye su campo de acción particular? Todo sin olvidar de atender a la especificidad de su disciplina, el humanista, el científico social está obligado a establecer o a restablecer los lazos que su propia formación debe mantener con otras formaciones del área.

No puede desconocerse que la reflexión filosófica se encuentra presente en toda inquietud acerca del hombre y de sus obras. No puede negarse el hecho, históricamente comprobando, que muchas ciencias, que muchas disciplinas fueron resultado de preocupaciones fundamentales filosóficas. Ciertamente, muchas de ellas formuladas incorrectamente o de manera incompleta; a base de generalizaciones ineficaces al momento de la explicación a realidades concretas y distintas de aquellas que les habían dado motivo de existencia, pero que por lo menos marcaban el punto de partida de una indagación que constituyó el medio de salvar la extrapolación simplista, que, a fin de cuentas, por la insuficiencia misma de las respuestas que ofrecían, permitieron la aparición de respuestas alternativas.

Obras de filósofos han habido, en la historia de las ciencias humanas, que han sido fundamentales para precisarlas, para dotarlas de un contenido propio, para fijarles objetivos, métodos claros, para justificar incluso su existencia misma como ciencias.

En esta ocasión podríamos dejar de mencionar el reconocimiento que en este mismo sentido ha formulado uno de los antropólogos contemporáneos, Claude Lévi-Strauss, a la obra de Jean Jacques Rousseau en un artículo interesantísimo a más de dos aspectos y cuyos puntos fundamentales nos parece indispensable invocar, aún se haga de manera sumaria y breve.

Dice nuestro autor, acerca de las reflexiones de Rousseau, que al plantear el problema de las relaciones entre la naturaleza y la cultura Rousseau distinguía el objeto propio del etnólogo, del moralista y del historiador.

Cuando Rousseau señalaba que para "... estudiar a los hombres hay que mirar cerca de uno, pero cuando se quiere estudiar al hombre hay que empezar a mirar lejos; hay que empezar por observar las diferencias para descubrir las propiedades. ..." estaba formulando la regla metodológica más importante de la antropología. Pero para aceptarse en los otros, señala nuestro autor parafraseando a Rousseau, es preciso, primeramente, rechazarse en sí pues: "... sobre este principio descansan las ciencias humanas. ..." En efecto, desde el momento que un individuo empieza por dejar su mundo para ir durante un breve o un largo período a vivir en una sociedad distinta a la que pertenece, "... Ahí se capta el observador como su propio instrumento de observación, tiene que aprender a conocerse. ... Yo voy al terreno porque yo lo he querido, pero al propio tiempo me desprendo de "ello ¿qué soy yo mismo? ..." dice atinadamente Lévi-Strauss, agregando "... Pero la noción de identidad personal se adquiere por inferencia y queda señalada por la ambigüedad. La duda al "¿existo?", se resuelve por la respuesta de una concepción del hombre que pone al otro antes del yo, y antes de ello, a la vida misma. ..."

Por que en última instancia, no se trata de llegar al sentimentalismo. Cuando se pone de relieve la importancia misma de la vida como fenómeno que se manifiesta en varios planos de la realidad, se trata, en reali-

dad, de subrayar el principio de la consideración recíproca, es decir, ese principio que permite a los hombres vivir juntos rebasando las necesidades meramente biológicas, pues, concluye nuestro autor, "...El mayor crimen (inexpiable) en el hombre es creerse superior y tratar a los hombres como objetos. ..." En último análisis, agregaríamos apoyándonos tanto en Rousseau como en nuestro autor, ¿de qué calidad gozamos para señalar cuándo, un objeto, es despreciable?

En etnografía, en antropología, en etnología, es frecuente observar que se tome a un grupo humano como objeto. Como si se tratara de cosas con las que se pudiera proceder de la misma manera que se procede con los elementos químicos: realizando una observación y una explicación pretendidamente racional, pero en realidad irracional, en cuanto que los hombres que en estas disciplinas son observados y pretenden ser explicados son seres dotados de racionalidad.

Es cierto que el antropólogo no está precisamente dotado de la capacidad específicamente filosófica para proponer o un nuevo sistema filosófico o una metafísica novedosa, pero toda investigación en que resulte involucrado el hombre provoca problemas que nos conducen a reflexionar filosóficamente. Por este motivo, no se puede siquiera hacer caso omiso de lo que otros hombres en otros lugares; en otras ciencias humanas han pensado simplemente porque puede "no ser actual". No se puede tampoco hacer caso omiso de lo que otros hombres, en otras épocas han propuesto.

En términos de lo expuesto, me parece importante que en esta serie de reuniones en las que se nos ha dado oportunidad de externar nuestras opiniones a quienes no poseemos una formación filosófica, recordemos a uno de los filósofos más destacados del siglo XVIII, David Hume, pero sólo en lo que concierne a uno de sus aspectos que nos parece indispensable para todo humanista, a saber, el de la moralidad.

Naturalmente, nuestra propuesta no es realizar la "vuelta a Hume" simplemente por volver al pasado. Su

obra, vastísima, por cierto, toca aspectos que conciernen a todo interesado en las ciencias sociales y en las ciencias humanas, especialmente en lo que toca a la historia y a la política, pero su preocupación fundamental parece centrarse en los aspectos morales, todo sin perder de vista que el fin último de la doctrina de Hume, para recuperar la atinada expresión del Dr. Francisco Larroyo, "...está compuesta en llave antropológica. ..." pues, cita el Dr. Larroyo al filósofo aludido: "...La naturaleza humana es la única ciencia del hombre; y con todo, ha sido descuidada hasta ahora. Habré hecho bastante si contribuyo a ponerla un poco más en circulación. ..."

Cierto, como hombre de su tiempo, como pensador marcado por la época que le corresponde vivir, la moral planteada por Hume podrá ser calificada de utilitarista, el concepto mismo de lo moral podrá sin duda ser calificado de "restringido", pero en todo caso lo importante es la preocupación misma por la moralidad. Lo importante en Hume, desde nuestro modesto punto de vista, es su preocupación por dar cuenta de una ética guiadora de la acción humana.

Porque la preocupación de Hume en torno a la moralidad le llevó a escribir una obra en la que propone introducir lo que él denomina "el método del razonamiento humano en los asuntos morales", pero en última instancia, se trata de una moral que resultaría vana, señala nuestro filósofo, si carece de apoyo en LA EXPERIENCIA humana.

Es evidente que cada moral, que cada experiencia humana cambia de acuerdo al grupo social en que nos ubiquemos o que pretendamos involucrar en nuestras investigaciones; es claro que cada experiencia resulta igualmente cambiante de acuerdo al espacio y tiempo en que pretendamos situar nuestras indagaciones, pero en todo caso, tendríamos que reconocer que el problema de proceder conforme a un cuerpo ético es, para el hombre, un fenómeno que le acompaña perennemente.

Así las cosas, me parece que la "Vuelta a Hume" no es la marcha hacia la repetición simple y llana de lo que en otras épocas, en otras latitudes, han considerado como "moral". Se trata, más bien, de tomar en cuenta esas experiencias humanas ocurridas en el pasado y que fueron válidas al menos para un sector de la humanidad. Se trata de retomar EL IDEAL que alentó a Hume para expresar un complejo conjunto de ideas en torno a la moralidad. Se trata de someter al análisis, a la reflexión, la preocupación de todo humanista en torno a lo que hemos llamado "ética guiadora de la acción humana".

De lo que se trata es, no de calcar a Hume acomodándolo a nuestra época, sino de invertir su proposición, pero conservando siempre el motivo central de su preocupación: en el razonamiento que guía o que debe guiar toda acción humana hay que introducir los valores éticos definidos conforme a nuestras formaciones profesionales que hacen del hombre el motivo central de su existencia. Invirtiendo la fórmula de Hume, diríamos por nuestra parte que hay que realizar una serie de "Ensayos para introducir el asunto de la moralidad en el razonamiento humano".

Con lo anterior no pretendemos hacer tabla rasa de lo que otros filósofos, de lo que otros pensadores nos han legado sobre el problema de la ética de las conductas humanas sino simplemente de subrayar la importancia que para todo humanista, para todo científico social representa el tema que nos ocupa. Obviamente, procederíamos de manera errónea si únicamente nos limitamos al estudio de la obra de un solo filósofo.

Iniciar toda una "marcha hacia la ética" por parte de los científicos sociales y de los humanistas quizá resulte titubeante si la comenzamos por Hume, pero al menos es el inicio. Es bastante probable que mediante el ensayo y el error podamos, después de los pasos iniciales, encontrar un mejor camino hacia los objetivos que en términos muy generales anotamos antes.

Pero la "marcha hacia la ética" de humanista y científicos sociales no resulta de una preocupación pasa-

jera. De hecho, múltiples acciones e intentos de acción se han producido en toda la historia de la humanidad, pero en nuestra época, para nuestros quehaceres, nos parece una necesidad que merece toda nuestra atención porque las condiciones en que se encuentra particularmente la sociedad occidental parecen dar síntomas de fatiga acusada.

Vivimos en una época en que, fuera del desarrollo de la tecnología, ninguna otra acción humana parecería tener o revestir importancia. Lo que a muchas sociedades occidentales interesa es buscar la manera en cómo aprovechar algunas toneladas de hierro para que transformadas en un vehículo —si es posible computarizado— que además de publicitar nuestro atesoramiento económico, nos alivie de la penosa tarea de caminar dos o tres kilómetros o a veces una o dos centenas de metros. Lo que constituye el motivo fundamental de la preocupación de muchos tecnócratas es resolver cómo, en una superficie de cuatro milímetros cuadrados, podemos hacer entregar electrónicamente el mayor número de datos en torno a su persona; a sus gustos, a sus intereses particulares, a sus enfermedades, a la manera en como administra sus ingresos, a sus ideas, etcétera, es decir, a la manera en como yo puedo controlarlo a usted, de manera tal que usted no pueda ingresar a mi vida, a mis intereses, a mis recursos, a mis ideas.

En el tipo de sociedad que se nos presenta como modelo a seguir, se nos pretende decir que el objeto de la vida consiste en oprimir botones, mover palancas y pulsar teclas que nos permitan llevar una existencia plácida y generadora de adiposis. Lo otro, el pensamiento y sus manifestaciones, los problemas de ética y de moralidad, el derecho de los pueblos a ser como ellos prefieran, indagar ¿qué somos? ¿de dónde venimos? ¿hacia a dónde vamos? ¿qué fines nos mueven en nuestra existencia? es, para la sociedad que nos dicta su forma de vida, "cosas del pasado", "ejercicios intelectuales de mera especulación", "sueños", disposiciones sin utilidad práctica. Lo que interesa es "encontrar fuentes de energía alterna" que permitan substituir al petróleo cuando éste se agote, pero que nos permitan seguir llevando una

vida "civilizada", la "única digna de vivirse", siempre y cuando reproduzca lo occidental.

Nuestra época vive, pues bajo el signo de la eficiencia tecnológica. Se trata, sin embargo, de un modo de actuar que olvidando que el hombre proviene de la naturaleza, cree, presuntuosamente, haberla rebasado y dominado. Se trata de un modo de ver la vida que olvida rápidamente que ni siquiera la naturaleza humana está cabalmente explicada. Resulta una forma de llevar una existencia endeble en sus fundamentos, pues por más exactos que en lo matemático, en lo físico, en lo químico aparezcan sus planos de construcción de enormes aeronaves, por un "pequeño descuido humano", en apenas unos segundos, estallan en el aire dejando tras de sí una capa de humo que el aire, elemento de la naturaleza, se encarga en breve tiempo de disipar.

¿Cómo creer que "el progreso de las sociedades desarrolladas" ha logrado vencer a la naturaleza cuando en unos cuantos minutos se producen explosiones de enormes conjuntos nucleares que, sin medir el peligro del manejo mismo de los elementos pretendidamente dominados, al desaparecer dejan tras de sí magnas nubes radioactivas que no sólo se revierten en sus efectos contra sus creadores, sino contra los vecinos de éstos que buscan afanosamente imitarle en sus "logros"?

La reflexión toca así no sólo lo ético, va incluso al fondo mismo del SENTIDO de la existencia humana: ¿Para qué un desarrollo tecnológico tan sofisticado cuando el vacío intelectual es inmenso? ¿Qué objetivo cumplimos cuando dotamos a enormes capas de población analfabeta de las "maravillas de la electrónica", pero su mundo se reduce a lo doméstico, alentándoles un individualismo que les lleva a la divisa: "mientras yo esté bien, que el mundo gire"?

La reflexión, para el humanista, para el científico social, se impone, entonces, con mayor vigor: ¿Para qué las ciencias sociales, para qué los humanistas en un mundo como el descrito? ¿Para qué realizar la ciencia misma? ¿Cuál es el significado que ésta adquiere y que

el humanista el científico social está éticamente obligado a darle en la vida del hombre?

Porque el problema para todo humanista, para todo científico social no es realizar simplemente una serie de indagaciones que satisfagan la curiosidad propia o la de unos cuantos. Construir ínsulas o "torres de marfil" no parece ser un procedimiento que haga reflexionar a los hombres. "Lo importante —para recuperar una conclusión de Lévi-Strauss— sería que el razonamiento del científico pudiera ser seguido por el hombre de la calle".

En estas condiciones la reflexión para el humanista, para el científico social le impone también la obligación de que quienes le rodean se interesen por aquellos que les pudieran resultar incluso más lejanos. Hay miles de hombres, de mujeres, de niños, de ancianos que día tras día son víctimas de todo tipo de violaciones: en sus derechos, en sus dignidades, en sus personas. Son centenares de miles los pueblos que luchan por su derecho a ser ellos mismos, son múltiples los pueblos en busca de lo más indispensable para sobrevivir, pero también son muchos los humanos que reclaman la posibilidad de acceder a la información, a la "cultura", a una vida de tolerancia.

No parece haber justificación para eludir el compromiso. El científico social, el humanista tiene el deber de denunciar, de combatir la enajenación. Urge dotar a quienes se interesan por el hombre y por sus obras de UN SENTIDO en su quehacer. Una guía ética del humanista, del científico social debe plasmarse en un verdadero código ético para los universitarios en cita.

En este sentido, quizá la primera norma que debería imponerse todo humanista, todo científico social es la de ser modesto. Modesto en su persona, en sus pretensiones científicas, en sus conclusiones, en su trato con los que resultan ligados a sus indagaciones. En una palabra, tener conciencia de la limitación de sus propios conocimientos, que jamás le llevarán a dar una respuesta total y absolutamente "indiscutible". Ciertamente se trata de

una conducta que no se logra por decreto, por la expresión gráfica o simplemente porque alguien nos lo dice. Es, desde luego, producto de una reflexión, pero al propio tiempo, de imitación que hagamos de las conductas de todos aquellos humanistas, de todos aquellos científicos sociales que en la humildad, que en todos sus actos muestran, nos confirman su humanismo, su afecto por la obra del hombre como ser social.

Por discutibles que sean las apreciaciones de Hume, me parece que, a este respecto, muchas de ellas no han perdido actualidad, quizá porque, como el propio Hume señala, se encuentran formando parte de la naturaleza humana: "... He observado siempre que el espíritu posee una tendencia mucho más fuerte al orgullo que a la humildad, y he tratado, partiendo de los principios de la naturaleza humana, de buscar las causas de este fenómeno. Se admita o no mi razonamiento, el fenómeno es indiscutible y aparece en muchos casos. Entre otras cosas, es ésta la mayor razón de porqué hay un mayor elemento de orgullo en el desprecio que de humildad en el respeto y de por qué nos sentimos más engrandecidos al considerar a uno que está por bajo de nosotros que mortificados con la presencia de uno que nos es superior... La pasión de la vanidad es tan pronta, que surge con la más mínima ocasión, mientras que la humildad requiere un impulso más fuerte para desarrollarse..." (Hume 1739, L. II Sección X).

Lo anterior es sólo el principio. Es apenas un punto de partida común quizá para todo humanista, para todo científico social, otros principios de la misma naturaleza deberían tal vez ser sentados atendiendo a los objetivos que cada ciencia social o cada disciplina humanística persigue. Los principios de cada código ético deberían quizá establecerse de acuerdo a la naturaleza misma de cada procedimiento indagatorio.

Así, me parece indispensable que lo que otros científicos sociales y otros humanistas han señalado en torno al tema de esta breve ponencia (Reubhausen, Urville, Copans y otros más que por falta de espacio no mencionamos) debe también ser traído a la reflexión, particularmente en los siguientes principios que resul-

tan de aplicación adecuada al campo de la antropología:

- Respeto a la personalidad privada: tanto por lo que toca a las poblaciones ligadas a nuestras indagaciones como a nuestros informantes.

- Consentimiento previo y secreto de las poblaciones e individuos ligados a nuestra indagaciones: no es moral explotar la ingenuidad o la desinformación de un pueblo.

- Manejo de las informaciones prudente y responsablemente.

- Deber de veracidad frente a la comunidad que nos permite obtener ciertas informaciones. Ni disfrazar, ni ocultar los verdaderos motivos de la indagación.

- Búsqueda de la verdad, aún cuando ésta pueda "molestar o herir" a determinadas personas.

- Apoyo de la indagación en hechos reales, como un deber para con el destinatario de la indagación. Es ineficaz para la ciencia apoyar la investigación en mentiras, por más "blancas" que resultaren.

- Validar los resultados de la encuesta, cuando la naturaleza de las cosas así lo permita.

- Medir las consecuencias que puede entrañar la publicación de los resultados de la indagación.

- Acceso para "todo el mundo" a los resultados de la investigación. La ciencia no es equiparable al "reporte de espionaje"

- Cuestionamiento perenne de los significados de nuestra indagación. Se trata de mejorar constantemente la calidad del trabajo.

- Lucha por evitar que los resultados de la investigación sean usados para fines diversos a los planteados desde su inicio.

- Solidaridad con los verdaderos humanistas y científicos sociales, lo que implica el deber de denunciar y combatir a aquellos "investigadores" que se valen del calificativo para fines amorales.

De una discusión más amplia, más profunda sobre el tema resultaría un enriquecimiento de los principios que se invocan de manera simplemente enunciativa y no limitativa.